

José Vidal Beneyto (director)
Hacia una sociedad civil global.

Madrid, Taurus, 2003.

No es habitual que se diseñen obras colectivas tan ambiciosas como aquella de la que forma parte el volumen que aquí se reseña, y menos aún que logren alcanzar la publicación. Pues bien, eso es lo que sucede con la trilogía titulada *La gobernación del mundo* que, dirigida por el Profesor José Vidal Beneyto, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, comenzó su andadura editorial con el volumen *La ventana global* aparecido el año pasado, se continúa con *Hacia una sociedad civil global*, del que nos ocupamos aquí, y se completará con *Poder global y ciudadanía mundial*, que verá la luz la primavera próxima. Al lector no le queda sino admirarse de que se hayan podido reunir tantas contribuciones, cuya cantidad y calidad ponen de manifiesto el poder de convocatoria de Vidal Beneyto y su capacidad para pilotar tamaña empresa intelectual —y política—, que aparece con el sello editorial de Taurus. Empeños como el que provoca estas líneas no son, insisto, habituales, y responden en último extremo a una vocación enciclopédica de larga e ilustrada tradición, que aspira —si se me permite decirlo así— a ponerlo todo junto sobre la mesa, ya que sólo el perfil del conjunto permitirá la comprensión simultánea de lo general y de cada una de las piezas del mosaico. Y es que si nos preguntamos, como hace la trilogía, nada menos que por la gobernación del mundo, sólo un enorme esfuerzo puede mostrarnos el escenario en que se representa semejante obra. Pues bien, nos ocuparemos aquí sólo de una de las partes de la trilogía, la recién aparecida *Hacia una sociedad civil global*.

El volumen, de casi setecientas páginas, reúne veintidós contribuciones, entre cuyos autores se encuentran británicos, italianos, franceses, alemanes, canadienses, norteamericanos, chilenos, senegaleses y españoles; contribuciones que versan sobre la sociedad civil (sus dimensiones política y económica, su historia y su futuro), las ONG, los organismos económicos internacionales, la dimensión demográfica de la globalización (que incluye las migraciones, *cela va sans dire*), la ecología y la crisis del medio ambiente, el deporte en el marco del olimpismo y la mundialización, los microcréditos, e incluso la religión como fenómeno mundial. Pero no tema el lector de esta reseña que vaya a intentar en ella un resumen más o menos detallado del contenido de tales

aportaciones (muchas de las cuales son, por decirlo sin énfasis, brillantes, y todas ellas sorprendentemente sustantivas): ni el espacio disponible lo permite, ni ha de abusarse de la paciencia del lector, que ya encontrará personalmente en el libro lo que le interese. Aquí procede tan sólo dar noticia de su publicación y destacar alguno de sus rasgos más relevantes. No es, desde luego, fácil empeño, para el que habrá que contar con la complicidad del lector interesado.

La iniciativa que ha dado lugar a la trilogía tuvo lugar en 1996, y reunió a la UNESCO, la Comisión Europea y la ciudad de Santiago de Compostela; se concretó en el programa «Europa-Mundi», cuya realización se encomendó a la Agencia Europea de la Cultura (de la que es Secretario General Vidal Beneyto) y a otras entidades académicas. En dicho programa se trataba de examinar la dimensión global de las sociedades contemporáneas y la incidencia que tal dimensión tiene en sus problemas y soluciones, como se dice en la introducción al volumen que reseñamos. La obra, pues, se propone analizar la sociedad civil, sus características, actores, procesos y prácticas desde la perspectiva de la sociedad-mundo, y su transformación en una sociedad civil global. Pero ello, se nos dice, con una ambición pedagógica y divulgadora que llevó a que el programa no se planteara realizar nuevas investigaciones, prefiriendo concentrarse en un esfuerzo de contextualización y síntesis de las aportaciones existentes más valiosas y significativas.

Obviamente, los conceptos básicos que se toman como punto de partida son altamente polémicos: la misma noción de sociedad civil ha sido utilizada por la ideología neoliberal contra el Estado (o, si se prefiere, contra el sector público de la economía y a favor del mercado), en tanto que para los movimientos sociales alternativos la sociedad civil global se concibe como un espacio comunitario mundial frente a los daños de la globalización capitalista. Pues bien, tanto si se incluyen en la sociedad civil los ámbitos de la política y la economía, como si se la limita a lo privado y asociacional; tanto si se la considera como factor de autonomía y libertad frente a la opresión política, como si se la concibe como garantía de los derechos frente a una sociedad natural sin ellos; tanto, en fin, si se es kantiano, hegeliano o habermasiano, la propia y discutida noción de sociedad civil se sitúa explícita o implícitamente en el centro del debate político. Y, claro está, así sucede en el libro que nos ocupa, cuyo primer ensayo, debido a John Keane, entiende que la «sociedad civil global» expresa una nueva concepción del mundo, la difundida por los movimientos pacifistas y ecologistas, a la vez nacionales y cosmopolitas, que destacan la pertenencia de todos a la especie humana y la necesidad de lograr para ella un sistema mundial de cooperación, solidaridad y equilibrio.

Pero constatar eventuales progresos de la sociedad civil al hilo de la mundialización no implica necesariamente compartir una visión optimista de una futura «sociedad civil global», al menos para el catedrático de Sociología de Barcelona Salvador Giner, quien reconoce que en el proceso de globalización surgen sectores de la sociedad civil que también se mundializan, lo que permite una coordinación transnacional de asociaciones cívicas, ecologistas, pacifistas o feministas: las mismas innovaciones técnicas que permiten la expansión de las instituciones dominantes fomentan la de sus contrincantes de la sociedad civil. De modo que hay un desarrollo del asociacionismo altruista, de los movimientos sociales independientes de los partidos e ideologías tradicionales, así como

de la economía no lucrativa: pero estos indicadores, y otros parecidos, que apuntan a la recuperación de la autonomía e iniciativa ciudadanas no invalidan, en su opinión, el que la tendencia global y a largo plazo sea contraria a tal desarrollo. No es cosa de recoger aquí los minuciosos y complejos argumentos que le llevan a tal conclusión: baste con anotarla, dejando así constancia de una posición pesimista. Más optimista, en cambio, se muestra Ariel Colonomos, profesor de relaciones internacionales en París, para quien el hecho de que las causas humanitarias, la protección del medio, la explotación infantil, etcétera, trasciendan hoy en día las fronteras nacionales y se hayan constituido como problemas en la arena política internacional, pone de manifiesto la existencia de actores que no se identifican con los Estados, actores cuya dimensión transnacional crea una suerte de sociedad mundial reticular. Estos actores no estatales promueven una «mundialización virtuosa» frente a la globalización capitalista, y abren paso a un mundo basado en los derechos humanos, de modo que junto al derecho internacional tradicional surge ahora un derecho cosmopolita que lleva a cabo la «diseminación» de una moral humanista en un proceso de transnacionalización de la buena voluntad.

Pero no se crea que todos los ensayos del volumen que nos ocupa se centran en la mundialización de la sociedad civil, o en las iniciativas «virtuosas» articuladas por los nuevos actores transnacionales ajenos a los Estados y a las empresas multinacionales: muchas de las contribuciones se ocupan de problemas básicos de nuestra época, como las migraciones (tratadas por Puyol, Izquierdo y Silj), las transformaciones de las ciudades (que comenta Martinotti), la lógica del sistema capitalista (discutida por Naredo en relación con el medio), la situación alimentaria (de la que se ocupa Chonchol) o, como más arriba indiqué, del deporte (Moragas y García Ferrando) o la religión (Diène). Salta a la vista que el diseño del volumen no se agota en la reflexión sobre el surgimiento de una sociedad civil transnacional o mundial, sino que es una ventana abierta a muchos de los grandes problemas de la humanidad en el momento presente y en el próximo futuro: un tipo de reflexión ilustrada que en los buenos tiempos de Bell o Touraine, de Richta o de Aron, era más o menos usual, pero para el que ahora se diría que somos quizás más perezosos.

Una última observación: el lector seguramente pensará que por mucho que la sociedad civil evolucione hacia una dimensión global, por muy cosmopolita que se perfile, será siempre el ámbito necesario en el que lo local y lo global habrán de articularse: me estoy refiriendo a una sociedad civil concreta, del momento histórico presente (se trata de un fenómeno nuevo), situada en cualesquiera coordenadas, que puede ser calificada con toda propiedad con el neologismo acrónimo de *glocal*: calificación que lejos de ser —como a veces parece que es para muchos— un mero juego de palabras, expresa elementos que son inseparables y, al mismo tiempo, contradictorios. En definitiva, en el mundo que resulta de la globalización es difícil saber si todo es cada vez más diferente o más idéntico: lo que sí parece claro es que las culturas locales y la cultura global se acomodan y se enfrentan, creando un híbrido intercultural que mezcla lo tribal y lo cosmopolita. Cuando en una particular sociedad civil (y a la vez en las de todos los países y culturas) se produce tal fenómeno, la articulación entre lo global y lo local no puede ser entendida como una oposición excluyente ni como una simbiosis aporética, sino como un

nuevo avatar de la complejidad de lo real: si se me permite la metáfora, como una suerte de bilingüismo, siempre diglósico.

MIGUEL BELTRÁN VILLALVA
Universidad Autónoma de Madrid